

briela Mistral y a Pablo Neruda están bien.) En el periodismo se ven menciones del más subido color cómico. Entre los historiadores y sociólogos no aparece nuestro don José Victorino Lastarria, que es figura cardinal del siglo XIX. Pero desnudar todo esto nos llevaría muy lejos; habría en realidad que escribir de nuevo todo el panorama.

Y esto no es nuestra misión. Creemos haber cumplido con nuestro deber sacando a la pública vergüenza un libro que en realidad no deshonra a la crítica francesa puesto que ella se ha distinguido siempre por su incomprensión de todo lo extranjero y por su olímpico «je-m'en-fichisme» hacia todo lo que no es francés. Pero que es incomprendible en un escritor que tiene algo —y mucho— de sangre americana y al cual los americanos deberíamos considerar en cierto modo como hombre de nuestra raza.—R. SILVA CASTRO.

Crónica de espectáculos

PREPARATIVOS PARA LA TEMPORADA LÍRICA.—¿POR QUÉ NO SE ENTREGA EL TEATRO MUNICIPAL A UNA EMPRESA PRIVADA?—NUEVAMENTE LA CENSURA CINEMATOGRAFICA: «SHE-REZADA» Y «FECUNDIDAD».

TODOS los años, al acercarse el invierno, se hacen preparativos para la temporada lírica que debe realizarse en nuestro Teatro Municipal y se anuncia, con caracteres sensacionales, el elenco que debe actuar en él. Este procedimiento se ha generalizado tanto que nadie protesta del engaño que significa y los abonados se conforman resignadamente con las mediocridades que les presentan, para suplir a los artistas de *celebridad mundial* que se anuncian y que, por una u otra causa, no llegan a Chile. De acuerdo con esta tradición, y tomando en cuenta la experiencia de años anteriores, en los cuales el Fisco ha debido cubrir crecidos déficits engendrados por temporadas mal organizadas, la Municipalidad ha enviado un comisionado a Europa para contratar directamente el elenco que deberá actuar en la próxima temporada. Dicho comisionado, que aún no regresa, ha anunciado estruendosamente el contrato—que se dice ya finiquitado—con Chaliapin y Claudia Muzio.

Al grueso público, ese que se conforma con los valores de etiqueta, esta noticia le ha parecido sensacional. Y hay quienes creen que en esta temporada nuestro Teatro Municipal se encontrará a la altura de los más grandes escenarios. No se toma en cuenta, por lo general, que los artistas de gran cartel encuentran con facilidad empresarios que les pagan mejor que nosotros, y en moneda más valorizada. No se recuerdan anteriores actuaciones de *divos* y *divas* que han llegado a Chile sólo cuando ya no podían actuar discretamente en otra parte.

Claudia Muzio se acerca a los sesenta años. A través de su larga carrera artística se ha mostrado como una persona de carácter difícil. No ha querido venir a Chile, anteriormente, en ninguna forma. Sin conocerlo, se ha referido despectivamente a nuestro país. Por su parte, Chaliapin ha pasado de aquella edad. Está en plena decadencia. Y para demostrar esto, basta sólo tomar en cuenta que, al decir del comisionado en Europa, ha aceptado un contrato por veinticuatro mil liras la función, algo así como diez mil pesos moneda chilena, el precio de un artista de segundo rango.

A la antigüedad grotesca de la ópera, sumaremos la vejez proveya de los artistas. Gozándonos, como americanos de esa América que los europeos pintan como una selva poblada de indígenas vestidos con plumas, con el renombre que en otras épocas alcanzaron quienes vendrán hasta nosotros para recitar a media voz o proporcionarnos el penoso espectáculo del cansancio y la impotencia.

* * *

Nos parece oportuno, a propósito de la Compañía Lírica, referirnos a otro aspecto del problema. Se ha enviado un comisionado a Europa a contratar elenco. Entretanto aquí no se efectúan las diligencias necesarias para completar ese elenco con los elementos indispensables para presentar dignamente las obras. Los coros que en ellas deben tomar parte no están formados. No alcanza el número de sus componentes a cubrir las plazas necesarias a todo conjunto medianamente discreto.

En cuanto a los cuerpos de baile, aún no disponen de profesor. Así llegará el día del estreno y no se tendrá una compañía disciplinada, porque esto no se logra en una semana.

* * *

Por grande que sea la fiscalización ejercida por la Municipalidad jamás se logrará estirpar radicalmente la influencia personal. Hoy como ayer los contratos se determinan por simpatías personales. Estamos en condiciones de afirmar que más de una buena artista no podrá actuar entre nosotros porque no conserva esas relaciones de amistad, que contribuyen al desprestigio de la gente de teatro y que constituyen factores determinantes de una buena acogida en la empresa que tiene a su cargo nuestro Municipal. Hora es ya de que estas cosas terminen. La Alcaldía no está en condiciones de vigilar y depurar las actuaciones relativas a la lírica, porque para ello se requieren condiciones especiales y un conocimiento de las bambalinas que no es posible exigirle. Por otra parte, no corresponde a las Municipalidades el ejercer esta misión cultural. Y en cambio, tiene que garantizar, en estas ocasiones, la seriedad de los procedimientos empleados por sus mandatarios, asegurando a los abonados un espectáculo de calidad. A nuestro juicio, la única manera de lograr esto consiste en entregar, como en otros años se hacía, la concesión del Municipal a una empresa privada. Y de este modo, obtener que el teatro no deje pérdidas financieras y que los elencos que actúen en él no estén compuestos de fantasmones que, en virtud de glorias pasadas, de que el público chileno no ha disfrutado, vienen a molestarnos con sus voces, que unas veces parecen chillidos humorísticos, y otras, dolorosos quejidos.

* * *

Muy a nuestro pesar, debemos referirnos nuevamente al Consejo Nacional de Censura Cinematográfica. Y esto, porque hemos presenciado la exhibición de *Sherezada*, film inspirado en uno de los cuentos de las *Mil y una noches*, y realizado con el auxilio de la más fantástica y hermosa *mise en scène*. Pocos han de ser quienes no conozcan los cuentos orientales, desde la más tierna infancia; y menos todavía quienes no conserven de ellos un risueño recuerdo, para la ingenuidad de su argumento, para la fantasía de sus personajes, para el embrujado sortilegio de sus leyendas. Los hombres de hoy encontramos en *Sherezada* una imagen tangible de nuestra infancia lejana. Los niños hallarían en esta película una gráfica representación de un mundo de maravilla, lejos de las peque-

ñeces, miserias, dolores y maldades de este pícaro mundo real. Y decimos hallarían, porque el Consejo Nacional de Censura Cinematográfica ha determinado que *Sherezada* es impropio para menores de quince años.

Y no es esto sólo. Ahí está el caso de *Fecundidad*, la novela de Emilio Zola, llevada a la pantalla en forma bastante aceptable. A través de sus escenas nada puede encontrarse que hiera la moral en uso. En cambio de la *escandalosa* presentación de una madre que da de mamar a su hijo, divulga la enseñanza del buen hogar, del buen matrimonio fecundo, combatiendo el egoísmo de unos y la tendencia a lo *snob* de los otros, para condenar enérgicamente a quienes no contribuyen al aumento progresivo de la natalidad.

También es esta una cinta impropia para menores y señoritas, según el dictamen del Consejo de Censura Cinematográfica. ¿Es que este consejo estima atentatorio contra la moral el espectáculo—contemplado a diario en plazas y tranvías—de una madre que da el pecho a su hijo?

Actualmente se lleva a efecto una intensa campaña en pro de las teorías anti-concepcionales. Es indudable que una restricción en las exhibiciones de las películas propagandistas del aumento de natalidad, contribuye indirectamente a fomentar dicha campaña; y en todo caso a disminuir el número de personas en posesión de argumentos y antecedentes contrarios a ella. No puede sospecharse, siquiera, que los miembros del Consejo Nacional de Censura Cinematográfica deseen contribuir a la difusión de las teorías anti-concepcionales, pero es menester resaltar esta circunstancia, en previsión de inadvertencias de este género, que pueden tener consecuencias trascendentales.—A L F A.